

DIRECTORA:
SARA CASAL Vda. DE QUIROS
Apartado 1239
Teléfono 3707
OFICINA mi casa de
habitación
BARRIO: La California
Av. 1ª Calles 27-29

REVISTA COSTARRICENSE

PUBLICACION SEMANAL PARA EL HOGAR

Con la aprobación de la Autoridad Eclesiástica
Benedicida y aprobada por Su Santidad Pío XI

Suscripción Mensual

— de —

cuatro números

₡ 1.00

AÑO XII

San José, C. R., Domingo 12 de Marzo 1944

No. 587

La Comunión en Campaña



Soldados de infantería de marina de los Estados Unidos reciben la comunión en una base avanzada del Pacífico meridional. Un camión militar sirve de altar improvisado.

La Insubordinación de los hijos

Educación Imposible. — No es posible la educación de los hombres con este ambiente general de insubordinación que se ha introducido en los hijos. Casi niños, apenas apunta la adolescencia, créense ya hombres y figúranse independientes y *sui juris* de derecho propio. Antes, mucho antes de tener el joven ni reflexión, ni fuerza de voluntad, sálase de la obediencia y comienza a hacer lo que quiere. Luego creciendo un poco, y aun antes de salir de la casa paterna, comienza a ser un huésped y a apropiarse lo que gana. Cuando sale de la casa paterna, se olvida muchas veces de los que le formaron y alimentaron y *sostuvieron tanto tiempo*. Y, al fin, los padres se hallan en su ancianidad, abandonados por completo de sus hijos. Y padres que tienen cuatro y cinco, a caso más hijos, que ganan y ganan bien, tienen que manejar aún, con sus arrugadas manos, el martillo, o el remo, o el arado, o buscarse un retiro decente, o un asilo de caridad. Así es imposible tener una sociedad buena.

¡Oh niños! ¡oh jóvenes que tenéis la suerte de tener padres!—¡Sed! buenos hijos!, sed subordinados, sed respetuosos, sed obedientes, sed amantes. He aquí las tres obligaciones del hijo: piedad y amor; subordinación y obediencia; reverencia y respeto. Los padres son lo más venerable que hay en la tierra. Padre, Madre, son nombres augustos, soberanos, divinos. Son la expresión del poder más alto, y de la dignidad más sagrada que hay en la tierra. Nombre derivado de Dios a los hombres; nombre que se le da a Dios, en primer lugar: Padre nuestro que estás en los cielos... Porque él es el verdadero y primer padre de todos, y en quien tienen realidad cumplida este nombre. Uno solo es vuestro Padre, decía Jesucristo, el que está en los cielos. Y de él deciendo toda paternidad, decía San Pablo para explicar la gran autoridad y sagrada dignidad que tienen los padres de la tierra.

La mayor autoridad—Por eso la mayor autoridad en la tierra es la del padre. El Estado se para en los umbrales de la familia, donde reina el Padre. El Padre se pone a los umbrales de la casa, y dice: aquí yo soy el rey, más que el rey; aquí yo soy el padre. Y ¡atrás la autoridad del Estado!, ¡atrás la autoridad humana!, porque allí, en el santuario, manda el padre, y mientras no conste que abusa de su autoridad contra el derecho, todos le respetan. Las leyes de todos los pueblos procuran dejar la mayor autonomía posible al padre y a la madre; y todas las costumbres públicas consideran casi intangible la autoridad paterna en el hogar.

Honrad siempre a vuestros padres.—¡Oh hijos!, los padres siempre son padres. No sólo son padres cuando tenéis cinco o diez años; son padres cuando tenéis quince, cuando tenéis veinte, y cuando os casáis, y cuando crecéis, y cuando sois adultos y casi viejos...: si viven vuestros padres, por ancianos y caducos que sean, son vuestros padres. Y aunque no de la misma manera en una edad que en otra, siempre le deberéis amor, siempre respeto y siempre alguna obediencia, toda la que sea compatible con vuestras obligaciones y derechos.

¿Eres niño?—No sabes lo que es el camino de la vida. Dios te ha dado un guía desinteresado en tus padres, que te enseñarán a vivir y te instruirán acerca del camino que ellos, por haberlo andado y haberlo visto andar a otros muchos, tienen bien conocido. Obedécelos.

¿Eres joven?—No te emancipes demasiado pronto. Sigue obedeciendo y atendiendo. Y obedeciendo y atendiendo con gusto, con alegría, con amor. Si amas a tus padres, te será fácil la obediencia, y desearás complacerles, y más que obedecer, amarás. No seas

como esos hijos insolentes, que apenas les apunta el bozo juvenil, ya esquivan la compañía de los padres, se ocultan a sus miradas, miran la casa paterna como una posada de comer y de dormir cuando no pueden dormir y comer en otro sitio; se consideran autorizados para entrar y salir de casa a las horas y por las causas que se les antojan, no reciben ni escuchan ninguna advertencia de su padre, y ni siquiera se conmueven por las lágrimas de su madre. Esto es insoportable, y tiene que maldecirlo Dios nuestro Señor, el Supremo Padre a quien representan los padres.

¿Eres adulto?—Aún eres hijo. Aún les debes atención; y si bien no estás obligado a la obediencia del niño, estás obligado a oír su consejo, y a prestarles reverencia, y a mostrarles amor, y sobre todo, a atender a sus necesidades, a sus necesidades económicas, a sus necesidades morales, a sus necesidades de compañía, de conversación, de amor. Mientras duren tus padres, tú siempre estarás atado a ellos; sólo la muerte rompe estos lazos.

*He visto un padre anciano trabajando.—*Canas mil cubrían su cabeza como polvo del camino de la vida; arrugas mil surcaban su frente y sus manos, como grietas de palacio antiguo... ¿Por qué trabaja usted, anciano? ¿es que no tiene usted nadie ya en el mundo? —Tengo cinco hijos, señor. —¿Y viven todavía? —Sí, ganan bastante. —Y cinco, ¿no son capaces de sostenerle a usted, que ha sostenido a los cinco? —A siete, señor; dos se murieron, y esos han sido los menos ingratos. ¿Qué quiere usted!, así es la vida. Un padre basta a siete hijos y siete hijos no bastan a un padre.

*He visto a una anciana pidiendo limosna, hasta que la han recogido las Hermanitas. —¿Y no tiene usted hijos?—*Dos, señor, y dos hijas. —¿Pobres?—No tanto, señor, aún les sobra.—Y, ¿eso...?—¡Eso, señor..! yo bien los eduqué! Ellos no sé a quien han salido.

*He visto unos padres en su casa.—*Su hijo se ha colocado bien; gana muy decentemente.—¿Estarán ustedes ahora en grande? —Pues...—Como el hijo gana tanto... ¡Ah!, señor, pero es para él. ¿Cómo para él?—Sí, señor aquí paga tres pesetas: el resto se lo guarda.—¡Oh, quién fuera el padre de este mal hijo! Yo, en ese caso, le llevaba al juez y le reclamaba todos los panes que le había dado a comer, y todos los vestidos que me había gastado y no me había pagado, y todos los zapatos y camisas que me había roto, y lo que es más impagable, toda la leche de los pechos de su madre, y todos los besos que se le dieron en su niñez, y todas las malas noches y peores días que le consagraron sus padres, y los primeros huesos y la primera sangre de sus venas. ¡Mal hijo!, y ahora trata a sus padres como a unos mesoneros!... ¿Cuándo pagará bastante un hijo a su padre todo lo que le debe?...

*He visto a una madre vestida de harapos. —¿Es usted la madre de esa jovencita?—*Para servir a usted.—Como nunca la veo con usted... Es que tiene vergüenza... es natural... Entiendo, sí, ella va tan elegante... ¿No sería mejor, hija irreflexiva, que vistieras tú un poco menos y vistiera y fuera atendida tu madre un poco mejor?

*Ya no hay hijos.—*Se lamentaba Selgas de que ya no hay niños. Es mucho más triste que ya no haya hijos. Apenas llegan a la edad del uso de la razón, cuando comienzan a abusar de su razón y dejan de ser hijos para pasar a huéspedes, y luego a desconocidos. Tales hijos, por fuerza, han de ser maldecidos por Dios, y han de recibir la misma desgracia de tener hijos que se porten con ellos como ellos se portaron con sus padres.

Con la misma medida.—¡Oh malos hijos!, tenedlo presente: con la medida que medís a vuestros padres, seréis medidos por vuestros hijos. ¿Sois malos hijos con vuestros padres? ¡Vuestros hijos serán malos con vosotros!

Vida de la Madre Santa Eufrasia Pelletier

Pérdidas dolorosísimas.—Nuestra niñita iba a cumplir los diez años cuando dos grandes duelos vinieron a hacerle derramar ardientes lágrimas y a iniciarla en la escuela del dolor. Su hermana Victoria Emilia, que contaba seis años más que ella y era considerada por sus hermanos como una segunda madre, fué arrebatada repentinamente a su cariño. Era ya la tercera que, en muy corto espacio de tiempo, desde la casa de la familia Pelletier, volaba a la morada del Padre Celestial. De las cinco hijas que había tenido el matrimonio sólo quedaban dos, Rosa Virginia y Ana Josefina, bastante mayor que ella; pero ésta vivía en Bouin, en casa de una de sus tías, viuda y sin hijos, de modo que nuestra Santa era la única niña que quedaba al lado de su madre. Poco más de un año había transcurrido después de una pérdida tan sentida, cuando ocurrió otra mucho más cruel. Herido en la flor de su edad falleció el señor Pelletier, dejando sumidos en el más cruel dolor a su esposa y a sus seis hijos, a la edad en que más se necesita el apoyo de su padre. A esta pena se unió, para Rosa Virginia, la de ver a su mamá casi vencida por el dolor, y aunque el que ella experimentaba era tan grande que ni salir quería de su casa, porque la indiferencia de los demás le llegaba al alma, supo dominarse y hallar todo su consuelo en redoblar su afecto para con su madre y en multiplicar, con cariño incomparable, aquellos insignificantes servicios e inimitables actos que con tanta elocuencia expresan la ternura de un amor filial.

La Primera Comunión y Confirmación.—

El Señor, que aflige y consuela, preparó para el corazón de la Santa el insigne favor de dos grandes Sacramentos: la Eucaristía y la Confirmación. Contaba once años cuando, siguiendo la costumbre de aquellos tiempos,

se alimentó por primera vez con el Pan de los Angeles. Fué para Rosa Virginia un día de paraíso en el cual sintió nacer en su alma indefinible repugnancia hacia los goces de este mundo y atractivo irresistible hacia una vida consagrada del todo a Jesús, día que dejó huellas indelebles en el alma de la piadosa niña; según aseguró ella más tarde estuvo como arrebatada en éxtasis y al adorar a Jesús en su corazón se sintió llamada al estado religioso.

Al año siguiente, abril de 1808, dió la Santa otro paso en su vida sobrenatural recibiendo el Sacramento de la Confirmación. Fué aquél un acontecimiento histórico para toda la isla. Después de tantos años de una persecución que parecía querer borrar hasta el recuerdo del catolicismo, volvió a ella el obispo de la Rochelle y administraba el Sagrado Crisma a casi una tercera parte de la población. La gracia de este Sacramento obró poderosamente sobre Rosa Virginia que, aunque conservaba toda la viveza de su carácter, correspondía fielmente a los dones celestiales. No pasaba inadvertida esta acción de la gracia a las miradas amantes de su madre quien, lejos de inquietarse por el carácter intrépido y resuelto de la niña, comprendía que una naturaleza tan ricamente dotada, sería capaz de grandes cosas, y su corazón sentía marcada predilección por ella.

Joyería MULLER

La más antigua y acreditada joyería,
donde encontrará usted: Relojes de las
mejores marcas, joyería finísima y ar-
tística.

Preciosos regalos para bodas

Rosa Virginia en el Colegio.—Seis meses más tarde las religiosas Ursulinas fundaron un colegio en la población Las familias más distinguidas de Noimoutier confiaron sus hijas a tan beneméritas religiosas, a las que nuestra Santa y todas sus amiguitas miraban con estupor y curiosidad en un principio. Al entrar en el establecimiento, Rosa Virginia llevaba consigo sus cualidades y sus defectos, porque la gracia no había hecho desaparecer todavía del todo las imperfecciones de la naturaleza. Viva, alegre, juguetona, algo voluntariosa, traviesa y a la vez profundamente piadosa, desconcertaba a sus maestras. Una de ellas le dijo un día:

—Rosa Virginia, tenga cuidado, usted será un ángel o un demonio.

—Yo, —respondió con firmeza—, seré religiosa.

—Pero con el carácter que tiene, ¿cómo puede imaginarse tal cosa?

—Tendré que hacerme trizas, lo sé, pero seré religiosa.

Brevísimo diálogo, pero revelador; presentaba al natural las dotes de su alma y dejaba entrever la obra de la gracia; un ideal claramente concebido y abrazado con decisión, una modesta confesión de sus propios defectos y la firme resolución de triunfar de ellos.

Rápidos fueron los progresos que hizo en las ciencias humanas que formaban entonces el programa de la enseñanza primaria, pero lo que más le gustaba, sin duda alguna, era el estudio de nuestra santa Religión, detalle en verdad muy significativo. El venerable siervo de Dios Luis María Baurdouin, fundador de las Ursulinas, visitó un día el colegio, examinó a las niñas y ofreció un premio a la que mejor supiese el Evangelio de la Pasión. Rosa Virginia recitó de memoria, sin ninguna falta, la Pasión según los cuatro Evangelistas y recibió el premio ofrecido. Pequeño en sí mismo, pues consistía en un pequeño librito titulado "Visitas al Santísimo Sacramento", escrito por San

Alfonso María de Ligorio; lo conservó, sin embargo, durante muchos años como preciado tesoro y no sin verdadero sacrificio se desprendió de él más tarde dándoselo a una hermana tornera que se lo pedía con insistencia.

Dos años después, la hermana de la Santa, Josefina Pelletier, contrajo matrimonio con el señor Francisco María Marsaud, rico propietario de Bouin. Rosa Virginia acogió con gozo este acontecimiento de familia; pero quizás guardó profundo recuerdo de esta ceremonia en la que tomó parte más activa. Un pobre matrimonio de Noirmoutier tuvo dos hijos gemelos, circunstancia que agravaba la precaria situación de la familia. La caridad vino en su auxilio en la forma más cristiana. La señora Pelletier, siempre dispuesta a acudir en socorro de los menesterosos, permitió a su hija que fuera madrina de uno de los niños; Sofía Duchemin, su amiga, lo fué del otro y ambas comprendieron toda la responsabilidad que asumían contrayendo esta relación espiritual. Nunca perdió de vista la Santa a su ahijado y siendo Superiora del Buen Pastor le hizo ir a Angers para procurarle un buen empleo; pero Alejandro Lorie, marino de profesión, no pudo acostumbrarse a vivir alejado de su querida isla.

Continuará.

Para imponer deberes a los hijos, no hay que descuidar los propios; de otra suerte, los niños eludirán las lecciones y seguirán los ejemplos

San Jerónimo

SIMPLICITY

EL PATRON MAS EXACTO

EL MAS ELEGANTE

LO ENCONTRARA USTED EN LA

TIENDA DE DON NARCISO

Hitler hace poderíos por nazificar la enseñanza en los países ocupados

El programa de las fuerzas de ocupación alemanas tiene como principal misión la de convertir a la juventud al Nazismo.

El órgano oficial de la "Netherlands Informations Bureau" ha hecho circular, desde Londres, las siguientes informaciones relativas a la vida en los Países Bajos:

—El programa de las fuerzas de ocupación alemana tiene como principal misión la de convertir a la juventud de Holanda al nazismo. Los maestros de escuela de los Países Bajos continúan resistiendo los esfuerzos alemanes para "nazificar" el sistema educativo. Muchos maestros han dicho a sus alumnos que esta época es un "interludio penoso" comparable al período comprendido entre 1795 y 1813, época en la que los Países Bajos fueron ocupados por las tropas de Napoleón.

El Dr. J. van Dam, Secretario General

nazi, del Departamento de Educación ha amenazado con despedir a los maestros holandeses, los cuales según él, están envenenando a la juventud con sus doctrinas anti-nazistas. La misma amenaza fué hecha a los inspectores de departamentos que no adopten medidas severas contra los maestros que boicotean la campaña y los principios del nacional-socialismo.

Los directores de todas las escuelas belgas y holandesas están siendo obligados a permitir que los miembros de las organizaciones nazis holandesas, coloquen carteles y otros medios de propaganda, tanto en las paredes interiores como en los exteriores, de los planteles de enseñanza.

(Cortesía de: Oficina de Coordinación, Depto. de Prensa, San José, Costa Rica).

Si Usted está Joven

Puede obtener una Póliza de Seguro de Vida

CON MUY POCO GASTO

Y Ud. mismo podrá recibir los beneficios en la edad

MAS CONVENIENTE

Pídanos informes de su caso particular

SIN COMPROMISO

Banco Nacional de Seguros.

NOVELA

(Continúa)

Roberto necesitaba andar, calmar con violento ejercicio la excitación de sus nervios; y haciendo oídos sordos a los amables ofrecimientos de los cocheros, como persona que ya conoce el camino, tomó por la calle de Pozos Dulces; siguió luego por la ribera, que ostenta por un lado sus blancas casitas con sus típicos pórticos y por el otro el histórico Guadalete, corriendo entre frondosas márgenes de pinos y retamas, a reunirse con el mar. Continuó por el paseo del Verge hasta llegar delante de "Vista Alegre". En la puerta aguardaba el dueño del hotel y deshaciéndose en amabilidades, acompañó a Sandoval hasta su cuarto, donde encontró instalado el equipaje.

A medida que pasaba el tiempo, el ingeniero poníase más nervioso; su intranquilidad aumentaba. Apenas pudo almorzar y media hora después salió de la fonda.

Dejando atrás la Pescadería, tomó la linda calle de Federico Rubio, antes Pozuelo, que tiene vistas al campo y al río.

Pocos pasos le separaban de la alegre morada que encerraba para él todo el universo, cuando vió abrirse la puerta y salir por ella a Elena y a Pepilla. Ambas iban vestidas de negro y la primera cubríase con largos manto de gasa. Tocada así, semejava una Dolorosa de Carlos Dolci.

¡Qué hermosísima, pero qué hermosísima estaba! A Roberto parecióle no haberla visto nunca tan bella.

Mantiéndose siempre a distancia, la siguió. Atravesaron ama y criada la calle de Nevería, tomaron la de Navarrete y por ella continuaron hasta la Prioral, preciosa iglesia de estilo gótico. Roberto apresuró el paso y penetró en el lugar santo detrás de ellas.

Escasa concurrencia había en el templo a aquella hora; Elena dirigióse hacia la nave de la izquierda, a la capilla de la Virgen de los Milagros y postrada ante la ben-

edita imagen, empezó a orar fervorosamente. Sandoval, por un violento impulso de su alma, cayó también de rodillas y rezó, rezó con el corazón lleno de fe, como cuando era niño.

Un rato después, Elena se levantó. Roberto, instintivamente, ocultóse detrás de una columna.

Por la intensa emoción sentida al pasar cerca de él la encantadora joven, comprendió que el amor, tantas veces rechazado, se había hecho dueño de su alma. Y no era sólo un sentimiento ciego, nacido por la contemplación de la belleza, ¡no!; era algo mucho más hondo, cimentado en la estimación y agrandado por la admiración que la bondad aun más que la hermosura y la inteligencia de Elena le inspiraba.

No le extrañó encontrar a la joven de tan riguroso luto; por carta de la señora de Gutiérrez supo que, seis meses antes, lo pobre señora de Azor había fallecido.

Para la bondadosa anciana fué rudo golpe saber con certeza que su amado Juan había muerto en lejanas tierras sin recibir su último suspiro. Parecía cual si una fuerza misteriosa le comunicase energías para seguir viviendo, mientras era el único sostén de su nieta; mas, tranquila ya sobre su porvenir, la abandonaron aquellos ánimos ficticios y como lámpara falta de aceite, fué poco a poco, muy dulcemente apagándose la noble existencia de doña Isabel Quintana. Murió, con todos los consuelos de la religión, en brazos de su nieta, deshecha en lágrimas; contenta, porque iba a reunirse con tantos seres queridos que la esperaban en el divino reino donde se acaban todos los sufrimientos, donde sus ojos sin luz se abrían a la luz suprema.

Dejó correr Roberto un corto espacio de tiempo y lentamente tornó a encaminarse hacia la calle de Federico Rubio.

Elena, al perder a su amada abuelita, rogó a la madre de Pepilla que se fuese a su casa. Y desde entonces, allí estaba la buena mujer, más en calidad de acompañanta que de criada.

Todo continuaba igual en la modesta casita; ni un mueble había cambiado de sitio; por un sentimiento de exquisita delicadeza deseaba la joven quedasen todas las cosas en el orden dispuesto por su abuela; esto, lejos de entristecerla, la consolaba, pues no era de esos espíritus frívolos que rehuyen los recuerdos del ser querido que nos ha dejado.

Al volver de la iglesia, Elena quitóse el velo e instalándose delante de la mesa de escribir, tomó cuartillas y la pluma empezó a correr...

Cuatro meses antes, su editor pidió a Juan de Mendoza otra novela para la "Biblioteca de la Juventud". Elena, por entretenerse, y más aún para aumentar los fondos que repartía entre los pobres y los desgraciados, puso manos a la obra. Ya estaba casi terminada y antes de acabarla definitivamente, para ligar bien el desenlace con algunos capítulos del principio, cuyos detalles no recordaba, soltó la pluma y comenzó a leerlos.

A medida que avanzaba en su lectura, observó con verdadero terror que dejaba traslucir en la novela todos los sentimientos de su alma. ¿Cómo no lo había notado antes? Sí, sí, ¡no cabía duda!; el héroe era Sandoval; sus amigos lo reconocerían en seguida y sobre todo él, que por la involuntaria indiscreción de la abuelita estaba al tanto del nombre que se encubría bajo el seudónimo de Juan de Mendoza, no tardaría en adivinar cuanto ella creía tan oculto.

—¡Qué vergüenza! —murmuró llena de confusión, disponiéndose a romper aquellas páginas, en las que tan fielmente había derramado todo el sentir de su alma.

En aquel momento oyó sonar el timbre y titubeó. Preferible era esperar por si alguien entraba; no quería ser interrumpida en su tarea.

Sentada delante de su humilde mesita,

pálida, con la cabeza inclinada, semejaba en su actitud a una flor tronchada por el vendaval.

En la puerta apareció Pepilla e inmediatamente detrás, si dar apenas tiempo a que le anunciasen, penetró Roberto en la estancia.

Elena, visiblemente impresionada, se levantó y después de saludarlo, sin cambiar de sitio, ofreció al joven una silla cerca de ella.

—Regreso de un largo viaje —expuso el ingeniero sentándose.— Por la señora de Gutiérrez supe su nueva desgracia. Crea que la he sentido de todo corazón. Mi primer pensamiento al llegar a España, ha sido venir a darle el pésame y renovarle todos mis ofrecimientos.

—Gracias —murmuró Elena dulcemente. Y repitió: Muchísimas gracias. La pérdida de mi adorada abuelita es una dolorosa prueba para mí. Trabajo me cuesta resignarme a sufrir este rudo golpe, acostumbrarme a esta triste soledad en que me ha dejado.

Contestó Roberto con algunos lugares comunes y se calló. Quizá por la primera vez en su vida sentíase cortado, sin saber cómo empezar a decir lo que tanto le interesaba. Elena no estaba menos confusa. Hubo un largo silencio y mientras tanto ella pensaba:

—¿Se habrá casado? ¡Seguramente! Como le rogué a Mercedes que no me hablase de él, hasta es natural que me lo haya ocultado... Yo debía preguntarle por Matilde... pero no puedo... Se me hace un nudo en la garganta.

El silencio se prolongaba y Elena, que distraídamente miraba su abanico, levantó los ojos y vió los de Sandoval fijos en las cuartillas abandonadas sobre la mesa.

Un intenso rubor coloreó el pálido rostro de Elena y maquinalmente soltó el abanico y cogió las hojas para romperlas, temiendo, por secreto instinto, que adivinase su contenido el ingeniero. Este con esa intuición que da el amor, al observar el desconcierto de la joven, figuróse algo de lo que suce-

dia; de un salto se puso en pie y abalanzándose hacia la mesa con brusco movimiento sujetó los papeles en tanto rogaba suplicante:

—¡No, no rompa usted esto! —y añadió turbado, sin pensar lo que decía: —Si es otro libro, démelo. ¡Tengo el derecho de leerlo antes que nadie! ; Me pertenece!

La mirada que acompañó a estas frases, aun más que las palabras, impresionó a Elena y fué un latigazo moral para la honradísima muchacha, que creía al gallardo mozo casado con otra. Entonces, queriendo poner el nombre de aquella mujer como muro infranqueable entre los dos, exclamó con voz firme y serena, sin contestar al extraño aserto de Sandoval.

—Perdone usted: no le había preguntado por Matilde.

Al oírla, comprendió Roberto cuanto pasaba en el alma de Elena y respondió muy tranquilo:

—Supongo que estará buena; no he vuelto a verla desde que estuve aquí en el mes de Setiembre.

En medio de una gran tormenta suele a veces experimentarse indefinible sensación de cansancio, le laxitud extrema... Las tinieblas que envuelven el cielo parecen también cubrir las almas; el vapor asfixiante que se respira aplana, sofoca, como un soplo de fuego; se siente como si un peso enorme cayese sobre los hombros, pretendiendo ahogar el hálito mismo de la vida; los nervios se agitan, sacudidos por la vibrante electricidad de la atmósfera... De repente, las sombras se iluminan; el arco iris cruza el espacio como promesa de bonanza; las nubes se desgarran; aparece de nuevo el sol, y su fulgor divino, al ahuyentar las sombras, desvanece con ellas las tinieblas del espíritu; los pechos respiran con largueza, libres ya del bochorno que los oprimía, y la agitación de los nervios se trueca en dulce tranquilidad. El sol, radiante en las alturas, parece como si también hubiese penetrado en las almas.

Esta misma impresión sintió Elena al oír

las últimas palabras de Roberto. El joven se había callado, y la genti! muchacha no se atrevía a responder, temiendo que su acento tembloroso revelase su intensa alegría.

Interrumpió el silencio la voz de Juanillo, el ciego, que cantaba algo distante:

*Es como rosal sin flores
Un corazón sin amor;
Como arbolillo sin ramas
Y como cielo sin sol.*

Luego, ya más cerca, entonó:

*No hables mal de las mujeres
Porque una te haya ofendido,
Que olvido borra la ofensa
Y otro amor sigue al olvido.*

Y al alejarse tornó a cantar:

*A veces piden limosna,
Como los pobres, los ricos;
Los unos piden dinero,
Los otros piden cariño.*

Elena y Sandoval habían escuchado en silencio las tres coplas. Cuando se apagó el sonido de la última nota, Roberto preguntó conmovido:

—¿Ha oído usted al ciego?... ; El ha hablado por mí...! Parece como si Dios le hubiese inspirado hoy sus cantares... Desde que salí del Puerto de Santa María, hace ocho meses, sólo he pensado en usted. Conociendo su delicadeza exquisita, callé entonces; temí creyese que me impulsaba a expresarle cuanto por usted sentía un irreflexivo impulso de gratitud. He viajado mucho en este tiempo, y por todas partes su imagen bendita me ha seguido, haciendo de mí un hombre nuevo. Sí, Elena; ha sido usted luz que ha desgarrado las tinieblas de mi espíritu, manantial que ha inundado a raduales las fuentes de caudalosa ternura que creía secas para siempre... ; Me perdonará usted haber tardado tanto en conocerla?



La intensa emoción que experimentó la joven impidióle responder; pero levantó sus grandes ojos negros y miró a Roberto. En ellos pudo leer Sandoval, claramente reflejado como en un espejo, que el corazón de Elena le pertenecía para siempre.

XXV

LA ÚLTIMA COPLA

Algunos días después, Elena y Roberto, sentados delante de la ventana llena de flores, el uno enfrente del otro, escribían. En el fondo del gabinetito, cómodamente instalada en una butaca, la vieja nodriza hacía calceta.

De cuando en cuando suspendían los dos jóvenes sus respectivas cartas, cambiaban muy quedo algunas palabritas, y continuaban después sus tareas.

—¡Yo ya acabé!—Exclamó Elena, doblando el papel y apresurándose a meterlo en un sobre y a cerrarlo.

—¡Y yo también!—dijo Roberto, soltando la pluma.

Luego continuó, en tono de broma:

—Para que veas cuánto más bueno soy que tú, te doy mi carta; toma; puedes leerla... ¡No has hecho tú lo mismo!...

—La mía no merece la pena. Nada le digo a Mercedes de particular—replicó Elena, poniéndose muy colorada.

—Sin duda le hablas mal de mí, y por eso no me la has enseñado.

—¡Al contrario!... Demasiado bien, y debo evitar que te pongas tonto— repuso Elena riéndose.

Y para cambiar la conversación, apresuróse a tomar el papel que le tendía Sandoval, y leyó a media voz:

“¿Que pensará usted de mí, “a ubuelita” queridísima? Todo, menos que la olvido; ¿no es verdad?... Para esto era preciso que no supiera usted, tan bien como le sabe, lo mucho que la quiero.

“Ocho días han transcurrido desde mi llegada a ésta sin poder coger la pluma. Ocho largos días para ustedes, que impaciente esperaba, e infinitamente cortos para mí, que los he vivido en plena gloria. Perdóneme y no se enoje; pero me ha faltado el tiempo para escribirle. ¡Teníamos tantas cosas que contarnos Elena y yo, tantas cosas que decirnos!... A medida que se la conoce, se descubren en ella nuevos méritos... Usted ignora todavía todo lo que vale Elena! Ya lo irá aprendiendo, y no ha de resultarle inútil, para el interesante estudio de esta matetia, la lectura de una nueva obra que “Juan de Mendoza” ha terminado. De común acuerdo hemos decidido que esta novela quedará inédita. Me he vuelto terriblemente egoísta; la quiero para mí solo. En los ratos pasados lejos de Elena la he leído con verdadero entusiasmo, y así, en las horas que no podía estar a su lado, continuaba ocupándome de ella.

“Por mi telegrama de hace una semana sabe usted mi ventura. “Los pueblos felices no tienen historia”, y yo parodio la frase, diciendo: “Los hombres felices tampoco la tienen”. Los minutos se deslizan, sucediéndose en una cadena no ininterrumpida de alegrías y satisfacciones, más para sentidas que para descritas... Todo este largo y fastidioso exordio es para decir a usted que no sé expresarle lo que por mí pasa, y es preciso que venga a vernos para darse cuenta por sí misma y gozar con nuestra dicha. Sí, “abuelita” querida; acceda a nuestro ruego; la necesitamos los dos; venga a reemplazar para ambos a las madres que hemos perdido. Elena le ha preparado en su casa unas habitaciones monísimas. Lo que les falta de lujo, les sobra de comodidad, de buen gusto y de alegría. Si no se anima a venir con su doncella, iré yo a buscarla.

“Sólo una cosa nubla nuestra felicidad: pensar que la señora de Azor no está aquí, para participar de ella. ¡Pobre señora!...

Continuará.

La Diabetes

(Continuación)

“El verdadero tratamiento de la Diabetes debe ir dirigido a todo el organismo. El enfermo debe ser tratado de un modo Global, tanto física como psíquicamente. Repetimos, la diabetes nunca es enfermedad de un órgano aislado, y, por tanto, su curación se consigue con un tratamiento general. Partiendo de este punto de vista la curación no puede fallar, a condición de que el enfermo disponga todavía, aunque sea un grado mínimo, de fuerzas defensoras, de un organismo capaz de reaccionar.

Alimentación —Estamos lejos de despreciar la importancia del régimen del diabético, a pesar de estar convencidos de que es difícil que, por él, sólo, se logre la curación. Disminuir la cantidad de glucosa en la orina, tiene menos importancia que aumentar la capacidad del enfermo para tolerar los hidratos de carbono, para almacenar los azúcares y verificar su combustión. Es necesario evitar, a todo trance, la superproducción de ácidos capaces de conducir al envenenamiento y esto se logra sencillamente disminuyendo los alimentos que los producen en gran cantidad y aumentando los que originan sustancias alcalinas o neutralizantes.

Al plantear el régimen alimenticio para un diabético, hay que tener en cuenta dos factores: primero, las afecciones que, además de la diabetes, padece el enfermo (un diabético anémico o tuberculoso debe alimentarse más que un diabético artrítico); segundo, hay que determinar el grado de la diabetes y el estado psíquico del enfermo (según su poder de resistencia el régimen será más o menos severo.) En todo caso prohibimos en absoluto la alimentación a base de carnes, pescados, embutidos, cerdo, café, alcohol y caldo animal. Para asegurarnos si se trata de una forma leve o grave, empezamos por ordenar durante un período que oscila

entre cuatro o cinco días una dieta rigurosa que consiste en comer poco y alimentos escogidos; lo más indicado es una dieta de ensaladas crudas (lechuga, escarola, rábanos, pepinos, aceitunas, cebollas, berros, ajo, etc.) El aceite y jugo de limón son recomendables, la pimienta está prohibida. Sal de cocina se debe consumir lo más cinco gramos diarios; lo mejor es pesar esta cantidad y que el enfermo la reparta a su gusto durante el día. Como bebida puede tomarse leche cruda, agua con jugo de limón, aguas minerales, agua, de Vichy, infusiones de manzanilla, etc. Cuando han transcurrido de dos a cinco días que el enfermo sigue este régimen, se practica un análisis de orina; si ésta está exenta de glucosa, nos hallamos frente a una diabetes leve; en el caso contrario, conviene seguir esta dieta tres a cinco días más; pasados los cuales se repite el examen de orina; si entonces, ésta contiene todavía una proporción de glucosa que oscila entre 1 y el 3 por 100, podemos suponer que se trata de una forma grave. El régimen alimenticio depende de éste diagnóstico, que además ofrece la ventaja de evitar un rigor innecesario.

.. Hemos de insistir en una cosa: el diabético debe alimentarse y alimentarse bien, para recobrar las fuerzas y fortalecer las funciones orgánicas. Es muy recomendable el consumo de gran cantidad de vegetales crudos. Lo que no es posible es trazar un plan esquemático para la alimentación de todos los diabéticos, pues en cada caso es preciso tener en cuenta múltiples factores individuales. Vamos a dar una lista de alimentos tanto de prohibidos como de los que son permitidos y especialmente recomendables; de éstos últimos es preciso que cada enfermo escoja los más adecuados a su caso especial. Es posible que a algunos les extrañe encontrar

entre ellos, ciertos alimentos que hasta ahora habían sido considerados como perjudiciales por su contenido en azúcar o en hidratos de carbono, pero es que hoy se sabe, por ejemplo que el azúcar de las frutas no sólo es de distinta clase, sino que produce diferentes efectos: así tenemos, que el azúcar de las peras es mejor para el diabético que el de las uvas. Se sabe además, que algunos diabéticos son menos sensibles a los hidratos de carbono que a las albúminas animales, pues las albúminas vegetales suelen tolerarse mucho mejor.

Alimentos prohibidos: Carne en gran cantidad. De las carnes hay que excluir, las de caza y animales viejos, como también toro, cerdo y tocino. De los pescados están prohibidos los de carne oscura, como el salmón, el atún, etc., prohibidos los mariscos, las carnes y pescados en conserva y el bacalao seco. También lo están los excitantes como el alcohol, café negro, té fuerte, cacao y el abuso de condimentos. La cantidad máxima de sal de cocina es de 5 gramos diarios. Están prohibidos el caldo animal, sea el que sea, quesos fuertes, el pan blanco, todo alimento a base de harina, cereales y como es lógico el azúcar industrial, y en consecuencia los dulces. Frutas que deben evitarse: uvas, ciruelas, frambuesas, melón, albaricoques, melocotones, higos, dátiles, moras, bannos, naranja y toda fruta muy dulce; la piña en algunos casos es recomendable sobre todo a los que padecen del hígado e ictericia.

Alimentos de uso permitido pero limitado:

CONSULTORIO OPTICO

"RIVERA"

Exámenes científicos de la vista.

LENTE Y ANTEOJOS DE TODO:

PRECIOS

Frente al Gran Hotel Costa Rica

carnes blancas y frescas, como pescado blanco, huevos, mantequilla, queso fresco, frutas oleaginosas, según el caso puede permitirse las papas y pan integral tostado.

Alimentos recomendables.—Todas las hortalizas y especialmente ensaladas crudas; algunas hortalizas pueden consumirse crudas. El aceite es bueno, es muy recomendable la ingestión de cebollas crudas, sobre todo consumidas en rodajas y empapadas en leche durante unas horas; el aceite esencial que contiene la cebolla hace disminuir la eliminación del azúcar. Las papas deben consumirse en forma de puré mezclado con leche. Aceitunas desaladas, de preferencia negras. Los tomates deben escogerse maduros por su riqueza en determinado fermento beneficioso para el diabético. A algunos diabéticos les hace subir el azúcar, es por ello que muchas veces no se puede determinar exactamente un alimento como bueno para todos. El limón, especialmente verde es recomendable. Los copos de avena y los platos preparados con fécula de avena. La leche en abundancia, el requesón, quesillo, cuajada o sea leche agria. Pan especial para diabéticos.

Entre las frutas pueden consumirse: peras, manzanas, fresas, sandía, grosella, papaya, si no es muy dulce, ésta es muy buena porque ayuda a la digestión. A pesar de que estas frutas contienen azúcar es en forma más asimilable que otras; además conviene regenerar el organismo y acostumbrarlo a tolerar nuevamente el azúcar. Lo importante en todo régimen es que el enfermo se alimente mucho, aunque reduciendo en cuanto sea posible la superproducción de ácidos perjudiciales. Si los diabéticos reducen los alimentos que contienen exceso de albúminas animales, no pueden producirse dichos ácidos y la aparición del coma diabético es imposible. Y nada más sobre alimentación del diabético, y terminaremos diciendo que el régimen más riguroso es incapaz de curar a estos enfermos, si estos no aprovechan en cuanto sea posible, los grandes agentes de la Naturaleza.

Continuará.

La Vocación Religiosa

P. J. Baeteman

Si Dios llama hoy hay que obedecer.—
 "Cuanto más grande y hermosa es una vocación, más acompañada viene de luchas, tristezas y sinsabores. No podría ser de otra manera. ¿Cómo queréis que nos entremos por entero sin que la naturaleza se rebela?"

"Hasta el último momento, habrá algo en nosotros que intentará escaparse de esa consagración universal de todo nuestro ser que pretendemos ofrecer a Dios".

Estas palabras del P. Marquigny nos llevan a pensar en las dificultades que una joven puede encontrar cuando quiere consagrarse a Dios.

Esas dificultades no faltarán. Al contrario, son una señal de que el cielo bendice al alma a quien se las envía. La obra de Dios requiere siempre persecución y el demonio no puede ver aparecer una vocación religiosa sin intentar algo para hacerla fracazar. Si lo consigue! qué éxito! Pero en cambio, si es vencido, sabe que la gloria de Dios brillará con más esplendor; de ahí sus esfuerzos para evitarlo.

El alma que quiere consagrarse a Dios tendrá por consiguiente que luchar contra sí misma, y lo que es más duro, ¡contra los suyos!

a) *Luchar contra sí misma.*—Dios ha hablado. La vocación largamente estudiada y madurada arrancó una resolución. La joven se prepara a partir. Los últimos momentos que tiene que pasar en familia, serán para ella, un verdadero martirio; sus padres, sus hermanos, su casa, su cuarto de joven, su parroquia, sus obras su Iglesia, su pueblo... de todo tiene que despedirse; y si su vocación llama a lejanas misiones, también tendrá que dejar a su patria para siempre.

Después de estos destrozos, de estas separaciones que se impondrán y que harán sa-

grar el corazón, prevé el porvenir y piensa en la cruz que tendrá que llevar. Sin duda Dios estará a su lado para darle sus gracias, pero la vida religiosa no deja de ser un sacrificio de todos los días, de todos los instantes contra la naturaleza. Los santos votos son dulces cadenas, pero cadenas sin embargo. Pobreza, castidad, obediencia, son virtudes que crucifican. Sea cual sea el hábito que elija para vestir a su cuerpo, debajo de él continuará su cuerpo agitándose y atrayéndole al mal. El claustro no hace los santos; las virtudes pueden buscar la protección de los muros del convento, pero nace espontáneamente entre sus piedras.

¡Sí; antes de consagrarse a Dios, es bueno considerar el porvenir y mirar valientemente las dificultades que reserva y los sacrificios que exige. "Una de las pruebas de la vida religiosa, dice el P. Lacordaire, es la de obligarse a vivir con gente que no ha elegido y que en su mayoría no despierta en nuestro espíritu ninguna simpatía; gente con la que hemos de vivir en la intimidad, sin el condimento de afecto que la hace agradable". En el claustro no os pertenece vuestra soledad ni vuestra intimidad. Es forzoso estar con los demás en momentos en que gustaríais quedaros solos, sonreír cuando quisiérais llorar, privarnos de lo que os gusta, soportar alegremente lo que os molesta, vivir amablemente con el que no gusta, en una palabra, pisotear continuamente todas las aspiraciones de la naturaleza y olvidarse siempre de sí mismo. El mundo ha muerto para el alma consagrada. Dios sólo debe bastar. Si quiere volver a las cosas que ha dejado, no tendrá ya el derecho de poseerlas más que en contrabando, como un ladrón.. Un muro de separación debe establecerse entre el presente y el futuro; y ese muro, no puede franquearlo sin hacerse muy desgra-

ciada. Si quiere ensayar en su alma la convivencia de Dios con el mundo, no satisfará ni al uno ni al otro y vivirá mortificada por un perpetuo malestar.

Todo esto debéis saberlo, cuantas queréis consagraros a Dios. Debéis reflexionar seriamente, no para desanimaros, sino para preparar vuestra alma al combate. Y ade-

más, vale prever que decepcionarse; no tendréis una buena vocación, si no estuviérais resueltas a ir al convento, a lanzaros de lleno en el océano del sacrificio. Al luchar con vosotras mismas tened presente que esas luchas íntimas, son poca cosa al lado de aquéllas que os reservan a veces vuestros padres y la inevitable separación.

La Nación Polonesa y el Ejército son consagrados con toda solemnidad a la Santísima Virgen

Londres, Enero 3.—(K. A. P.)—En la Iglesia Polonesa en Londres, la Nación y el Ejército Polonés, fueron públicamente puestos bajo la protección de la Santísima Virgen, Patrona y Reina de Polonia, en una ceremonia emocionante con la asistencia del Presidente de la República polonesa, Miembros del Gabinete, encabezados por el Primer Ministro Mikolajczyk, representantes de las Fuerzas Armadas y muchos civiles poloneses residentes en Inglaterra. La consagración en Londres demuestra que la Nación Polonesa continúa su misión como el "Baluarte de la Cristiandad" y como la defensora de los principios morales de justicia y amor cristiano. Desde que los poloneses adquirieron la Religión Católica en 965 A. D., siempre han tenido una especial devoción a la Santísima Virgen. Todas las guerras sostenidas contra las

invasiones de los Tártaros, Turcos, Suecos y en 1920 los Bolcheviques han tenido el carácter de defensa de la Fé Católica bajo la protección de la Bendita Madre de Dios. Antes de la elección del Rey Juan Casimiro en 1647, el Nuncio Apostólico oficialmente denominó a Polonia "Religionis Catholicae Propugnaculum insuperable." La primera consagración solemnemente a la Bendita Madre fue hecha por las tres naciones: Polonia, Lituania y Rutenia que en esa época eran una federación modelo y estaban ligadas por un tratado religioso y económico. El acto fue celebrado por el Rey Juan Casimiro en Abril 1º de 1656 en la Catedral de Lwow, en presencia del Nuncio Apostólico. Fue este Rey el que proclamó a la Santísima Virgen como Patrona y Reina de la Corona Polonesa y de sus pueblos.

Bettina de Holst Hijos

Se complace en ofrecer: Toda clase de labores de mano, lanas en todos colores. Manteles estampados. Visítenos y encontrará Ud. lo que necesita para su verano.

Regla sin Excepción

*Puede el guerrero audaz no ser valiente
Aunque ostente el laurel de la victoria
Puede no ser inmaculada gloria
La que deslumbra en inspirada frente.*

*No siempre la niñez es inocente
No es de ternura el llanto ejecutoria;
Ni todas son verdades en la Historia
Ni a veces es dichoso el sonriente.*

*No hay siempre aromas en las frescas flores,
Que hay flor que crece de ponzoña llena;
Ni siempre lucen astros brilladores.*

*Más de la vida en la región serena,
La que sabe ser madre es toda amores,
Y la madre amorosa siempre es buena.*

M. R. Blanco BELMONTE

Recetas de Cocina

Espinacas con huevo

Se emplean 3 rollos de espinacas, se les quita la vena y las hojitas se lavan muy bien, se cubren con poquita agua hirviendo, se les pone un poquito de sal y se dejan cocinar hasta que estén suaves, inmediatamente se escurren bien, y si pican finamente. Se baten los claros de huevo a punto de nieve, se les agregan las yemas y se continúa batiendo, se les pone un poquito de sal y se agregan las espinacas frías, se mezcla despacio. En una cacerola se pone un poquito de manteca, se agrega el preparado anterior, y se está moviendo constantemente hasta que el huevo esté cocinado y se sirve.

Galletitas rellenas

En una taza honda se ponen 150 gramos de mantequilla y 200 gramos de azúcar molido, se bate con una cuchara de madera durante 15 minutos, luego se le agregan 2 yemas y un huevo entero y se bate 10 minutos, enseguida se le agrega una copita de ron viejo. Se mezclan 320 gramos de maicena con 100 gramos de harina y media cuchara-

ditada de Royal y se pasan por el cernidor. Al batido se le agrega una cucharadita de vainilla y una cucharadita de ralladura de limón y se le va agregando poco a poco la harina y mezclando hasta formar una pasta que se deja reposar en la nevera media hora. En la tabla de amasar, espolvoreada de maicena, se estira la pasta con el bolillo hasta dejarla delgada y se corta en rueditas que se colocan en cazolejas untadas de manteca, se meten al horno y se cocinan con calor regular. Se sacan del horno, se dejan enfriar y se unen de dos en dos rellenándolas con dulce de leche y azúcar bien espeso para que no se derrame por fuera, encima se le unta un poquito de dulce de leche y se espolvorea con coco rallado.

AVISO

**Necesito cocinera y de adentro;
buenas recomendaciones.**

Sara C. Vda. de Quirós.

LEA ESTO, LE INTERESA: Este mes por atrasos involuntarios saldrán solamente tres revistas, pero en el mes de Abril como hay cinco domingos saldrán cinco revistas para así reponer la que faltó de marzo.

LA REDACCION

Los Cisnes

Son aves de viejos prestigios legendarios. Desde que Leda se enamoró de un cisne, adquirieron los cisnes, su prestigio de leyenda. No hay ave de más gentil arrogancia, de más inefable belleza, que los blancos cisnes de cuello terciopelo. Ni las garzas alargadas en raudó vuelo, ni los colibríes cuyo aletear es un esplendor de amatistas y rubíes, pueden compararse con estas aves blancas, que unen a su gran gracia alada y a su rítmica ligereza, un no sé que de gentil aristocracia.

Ya naden bajo el reflejo del sol o jueguen con el brillo de la luna; ya mojen sus alas blancas en el agua alegre que huye entre cañas y juncos, o hundan sus picos de rosa en el cristal casi inmóvil del lago que copia

la silueta del castillo, los cisnes ponen siempre un suave encanto en el paisaje. Lo saben los poetas, y por eso no dejan de poner, en el cuadro de sus poesías, la estrofa que nos habla de un cisne, ya sea éste el cisne olímpico en que solía convertirse un dios por el amor de una mortal, el cisne del rubio caballero Lohengrin, o el cisne anónimo pero bello que podemos admirar en cualquier rincón de la naturaleza. Cualquier paisaje de la realidad o de la fantasía adquiere elegancia y belleza por la gracia de los cisnes.

...Y en nuestro paisaje interior, también ponen su nota de belleza, los cisnes de la ilusión.

MYRIAM FRANCIS

Aproveche

LAS FACILIDADES QUE EN SU

SECCION DE AHORROS

LE OFRECE EL

Banco de Costa Rica

CONSIGANOS SUSCRITORES